

DE BUENAS LETRAS

Un lento adiós

RAFAEL GUILLÉN

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

La vejez es regresar a la cordura, a la lógica, a la evidencia. Ser viejo es comprobar que hay una vida en ti que ya no puede seguirte, que eres tú mismo quien no puede seguirte, que una vida tuya se va quedando atrás mientras la otra, la verdadera, la que está fuera, avanza por un mundo que para ti va dejando de existir. Sólo te cabe dedicarle un lento adiós. Es la vida que hasta ahora hemos llamado cotidiana, la de los largos paseos por la playa o la del senderismo por las empinadas cumbres, la vida donde andar es una costumbre que no alcanza a ser consciente, la de «me gustaría volver a París», la vida de lo que se puede soñar porque, al margen de otras consideraciones, sabes que, físicamente, te es posible. Esa, insisto, es la que ha dejado de existir para ti.

No quisiera que se entendiese que la que ha ido quedando atrás, relegada por una naturaleza implacable, fue siempre cruel o desconsiderada, aunque para gran parte de la hu-

manidad lo haya sido y, con horrible certeza, lo seguiré siendo. Ha sido, para los elegidos, la de la llamada 'sociedad del bienestar', modulada algo inconscientemente por dichas y sinsabores, por parabienes y agravios. Forjada quizás con amor, arropada quizás por amistad y conseguida también con esfuerzo y trabajo. Fue una vida que dejó un aroma de melancolía que aún persiste, aunque sabiendo que el futuro, por próximo que esté, ya es inalcanzable.

Ser viejo es ver pasar la vida amurallado en una sutil tristeza; no escondido, cercado por una niebla de tristeza. Llega un cariño familiar, más intenso si cabe, pero con una solicitud, una atención que se desenvuelve en otro ámbito; llega una mano amiga, más afectuosa que siempre, y el afecto es distinto. ¡Cómo se agradece todo! Y ¡cómo te sientes distinto! no en el ánimo de los demás, sino en el tuyo mismo, al ver que no puedes seguirles el ritmo en la dicha de estar vivo,

ni aun en el más modesto quehacer diario.

La vejez es verlo todo desde los altos barrandales que dominan la existencia; desde los miradores que se asoman a los valles, los extensos sembradíos, los ondulados montes y colinas; es verlo desde las escarpadas cumbres, dominando las vaguadas, ríos que vadeaste, empinadas veredas que ascendiste, desfíladeros que desafiaste, paredes rocosas que escalaste hasta dejarte la piel del alma, hasta verte donde ahora estás. Es verte haber sido.

Las verdaderas arrugas de la vejez no son las que se ven. Las verdaderas son las cicatrices que te van secando, endureciendo por dentro hasta dejarte desvalido e indefenso. Y eres consciente de ello. Lo eres en cada uno de los momentos en que alguien pasa de prisa por tu lado, o habla de sus proyectos como si tuviese a sus pies la eternidad. Y la eternidad es muy corta, recuerdo haber dicho no sé dónde.

Ser viejo es ver a unos niños jugando y no ver más que unos niños jugando, una instantánea sin proyección alguna a un futuro que ya no es tuyo. Ver unas caderas sinuosas de mujer que perfeccionan la redondez del mundo y no ver más que unas caderas de mujer. Ver un busto joven, enhiesto, llenando la mañana de esplendor y de alegría, y no ver más que un busto joven.

La vejez es quedarse sin horizonte. ¿Te imaginas el mar sin horizonte? ¿Te imaginas los altos picos del Himalaya sin horizonte? ¿Te imaginas las estepas asiáticas, los interminables hielos árticos sin horizonte? Algo de eso es la vejez.